

las sagradas obligaciones que os impuso la naturaleza para con vuestros hijos ; en una palabra, habéis creído que vuestro esposo debía obedeceros ciegamente, y someterse á todos vuestros caprichos, contra el órden social, que siempre ha exigido y exige que la mujer sea dirigida por su marido, el cual, así como tiene sobre sí todo el peso de la casa, debe tambien tener su gobierno : en fin, me habéis hecho infeliz hasta ahora, y no quiero sufriros mas tiempo. He ordenado la division de nuestros bienes comunes. Aquí está vuestro dote ; disponed de él como gustareis. Os dejo y me voy á América, para ver si puedo aumentar el miserable fondo que acabo de realizar. Sin duda permaneceré allí muchos años, y volveré despues á reunirme con una mujer que he amado, si la edad y la experiencia rectifican su juicio é ilustran su espíritu. No creáis, Eugenia, que os abandono para siempre ; os escribiré con frecuencia, y volveré apénas me permita la fortuna reparar las pérdidas enormes que me han causado vuestras locuras, para colocar á mi hija como le corresponde. Tal es mi resolucion, de la que nada podrá apartarme.

Atónita madama Dumont de semejante proyecto, se encolerizó y prorumpió en voces y lamentos ; pero su marido la dejó despues de encargarle la educacion de su hija, y se puso en camino á la mañana siguiente. Ya se veia árbitra de sí misma esta mujer que tanto amaba la independencia ; y ya podia dar rienda suelta á todas sus inclinaciones y caprichos. Al principio se resintió un poco de la determinacion de su marido ; pero luego se consoló entregándose mas que nunca á los placeres. Recibia en su casa las gentes de menor juicio ; todo era bailes, convites y juegos, que apénas tenian la más leve intermision : en una palabra, madama Dumont despilló en poco tiempo cuanto su marido le habia dejado ; y al cabo de tres años se vió arruinada, abandonada de sus falsos amigos, y reducida á la mayor indigencia. Por fortuna, su marido en su última carta le decia que prosperaba en sus negocios, y que no tardaria en volver cargado de riquezas, que pondria á su disposicion si la encontraba digna de su estimacion. Madama Dumont conoció por fin el vacío que la rodeaba : se hizo traer su hija y se entregó á los dulces cuidados de madre, descansando con ansia el momento de abrazar á un esposo á quien reconocia que habia ofendido, y cuya ausencia era para ella un manantial inagotable de amargos remordimientos : un dia...

Aquí se detuvo el desconocido, suponiendo que estaba muy cansado, y ofreció al auditorio continuar la relacion al siguiente dia.

TARDE XXVII

LA ECONOMIA

Si á fastuosas reuniones
Prudente tus puertas cierras ;
Si el necio lujo destierras
De tu persona y salones ;
Si evitas las ocasiones
De disipar tus caudales,
Podrás eludir los males
De la terrible indigencia ;
Que el boato y la opulencia
Traen resultados fatales.

Concluye la historia de Madama Dumont.

El forastero, despues de haber visitado en la mañana de este dia las posesiones del virtuoso Palemon, al caer la tarde fué con todos al terrazo, y sentándose en medio de los muchachos, continuó su relacion en estos términos :

Os dije ayer que madama Dumont se habia hecho juiciosa despues de la ausencia de su marido. El mal estado de su fortuna, y el proceder de los que habia mirado como amigos, cambiaron en parte su carácter. Conservaba su altivez é inclinacion á las sociedades, pero carecia de medios para lucir. Dumont la enviaba á decir que estaba riquísimo, y ella le contestaba que volviese cuanto ántes, pues ya era digna de su corazon, y se proponia hacerle

enteramente feliz. Ya hacia dos años que se habian agotado todos sus recursos; vivia retirada y dedicada exclusivamente á la educacion de su hija. Afortunadamente, en medio de todos los lazos de la seduccion, habia sabido conservar puro su honor. Dumont, aunque tan lejano de su esposa, sabia cuanto pasaba por medio de un antiguo criado que habia dejado con ella al tiempo de su ausencia: y compadecido del estado fatal de su mujer, determinó volver á su compañía. En la última carta le decia que iba á recoger todos sus bienes, y pasaria muy en breve á verla. Esta feliz noticia reanimó á madama Dumont; pero viendo que habian pasado tres meses desde la carta de su marido, y que este no parecia, empezaba á impacientarse, cuando un dia le sucedió un lance muy particular.

Hallábase una tarde sola con su hija en una pradera de las cercanías de Paris: la noche se acercaba y madama Dumont se apresuraba á volver cuanto ántes á la ciudad, cuando se la acercó un pobre y le pidió limosna. Ella, sin mirarle, le dió una moneda: el mendigo inclinó la cabeza en señal de agradecimiento, y fué siguiéndola. Advirtiolo madama Dumont, y le previno que se apartase; pero el pobre continuó en su seguimiento. Atónita y aun asustada de tal audacia, redobló el paso, esperando encontrar alguna persona que le sirviese de resguardo; pero el mendigo se acercó mas, le cogió la mano, y se arrojó á sus piés: ella dió un grito; mas el mendigo le dijo con dulzura: Ingrata, ¿es posible que me desconozcas? Madama Dumont le miró con cuidado, y reconoció á su esposo cubierto de andrajos, y en el estado de la mas deplorable miseria. ¡Dios mio! exclama: ¿eres tú Dumont, ó estoy soñando? — No, amada esposa, demasiado verdad es lo que miras: héme aquí arruinado, perdido y en la situacion mas lastimosa. — ¿Pero cómo?... — La desgracia y la imprudencia me han conducido á este punto: habia juntado dinero y géneros preciosos en América: todo lo embarqué en un navío que ha naufragado: yo, á favor de una tabla, pude arribar á la costa mas cercana, cuyos habitantes me socorrieron. Acabo de llegar á Paris en tan miserable estado como me ves, fatigado del hambre y del cansancio: hasta ahora no habia pedido limosna: no he comido desde ayer: te he conocido cuando estabas paseando, y me he valido del medio que has visto para descubrirme á ti, darte una idea de mi posicion, y excusarte en cuanto fuese posible el sobresalto; en fin, te veo, y espero que me recomendarás á alguno de aquellos ricos amigos que eran de tu sociedad, y sin

duda lo son todavía, á fin de que me proporcionen algun arbitrio para mi subsistencia. — ¡Ah! ¿qué dices? esos amigos de quienes me hablas, y que tanto tiempo me han tenido engañada, son unos viles, unos ingratos y traidores, que me han arruinado enteramente: estoy tan miserable como tú. — Pues será forzoso que de nuevo nos separemos. — ¡Separarnos! eso no; nunca lo consentiré: si hubieses conservado tus bienes los habrias partido conmigo, ¿no es así? — ¿Puedes dudarlo? — Pues bien, yo debo partir tus penas, y ayudarte á sufrirlas; los dos estamos miserables; unamos, pues, nuestros esfuerzos para resistir al infortunio, y procuremos del modo posible dulcificar nuestra suerte: desde hoy mismo principia verdaderamente la reforma de mis costumbres: dejémonos de mutuas reconvenções, que no servirian sino para hacer mayor nuestra desgracia: huyamos del tumulto y corrupcion de las ciudades, trabajemos en cualquiera otra parte para vivir y educar á esta inocente criatura, hija tuya, á quien yo habia inspirado ideas de orgullo y vanidad, que yo misma sabré destruir. Ven á mis brazos, Dumont, y no volvamos á separarnos jamas.

Mucho enternecieron á Dumont las expresiones de Eugenia: llegaron á su casa donde halló algunos vestidos que habia desechado en otro tiempo, y ahora le fueron de mucha utilidad. Eugenia, á quien este repentino golpe infundió mas ánimo y mas juicio, propuso á su marido que vendiesen los pocos efectos que les quedaban; él se conformó con esta resolucion, y verificada, ambos se retiraron á un pueblecillo cercano. Ya tenemos á Eugenia convertida en simple aldeana: ya no la adornan encajes, plumas y demas frivolidades del lujo, pero recibe mayor realce su hermosura; una blanca toca cubre, como al descuido, sus rubios cabellos: un modesto corpiño da mucha mas elegancia y soltura á su esbelto talle: en una palabra, está mucho mas apreciable que ántes: ya no tiene otra pretension que la de complacer á su esposo, que la ha devuelto toda su estimacion; y en tanto que este cultiva una pequeña huerta, que ha formado por sí mismo en un erial, ella va á vender la leche de una vaca que habian comprado, volviendo despues á participar de una frugalísima comida, que ella misma prepara; y por la tarde instruye á su hija en los principios de la virtud, le enseña las habilidades y labores que sabe, y entre los brazos de esta niña y los de su esposo olvida la inconstancia de la fortuna, cuya ojeriza ha experimentado: aun diré mas: estaba contentísima con su nuevo estado, y en su idea le

prefería á todas las vanidades humanas, que tanto tiempo la habían seducido : disfrutaba pacíficamente las delicias de la ternura conyugal y del amor materno; vivía feliz, y no recordaba su anterior estado sino para deplorar sus pasados extravíos

Dichosos moradores de los campos, ¡ cuán envidiable es vuestra suerte ! Para vosotros siempre se levanta el sol puro y sereno; y la aurora os trae la necesidad del trabajo, el apetito y la alegría. Costumbres sencillas, placeres inocentes, satisfacciones hijas de la naturaleza, todo, todo contribuye á hacerlos felices; ¡ ah! no envidiéis la suerte de los que habitan las ciudades, pues rara vez disfrutaban los dos grandes bienes que poseéis vosotros, que son la paz del día y la tranquilidad de la noche.

Casi un año había pasado Eugenia entregada á los afanes del campo : ni un suspiro, ni una queja había salido de sus labios ni de su corazón. Enteramente aplicada á sus ocupaciones, no ambicionaba mas placeres : su esposo y su hija eran para ella los mayores bienes : dulce, buena, sensible y complaciente, se hacía adorar de todas las gentes de su clase, que sabían sus desgracias, y la ayudaban en todas sus necesidades.

Vivía pacífica, sin conocer la ambición; pero experimentaba cierta inquietud, porque su esposo estaba ausente días enteros; y cuando le preguntaba qué asuntos le separaban tanto tiempo de su compañía, se disculpaba con que su genio pensador le inclinaba á paseos solitarios, ó con la precisión de visitar á algunos amigos; y por último la abrazaba estrechamente para calmar su inquietud. Como Eugenia no era celosa, no sabía á qué atribuir la conducta de su marido; mas por no afligirle contenía su curiosidad. La confianza, la dulzura, la delicadeza, todas las virtudes se ostentaban en su corazón.

Un día Dumont no volvió : ella le esperó, aunque en vano, para cenar, y pasó la noche entera en la mas violenta inquietud. Amaneció el siguiente día; se pasó parte de la mañana, y sin parecer su esposo : entregada á mil pensamientos, salió con su hija á recorrer los bosques y los prados, en busca de su marido, y en el camino se le presenta un labrador, que le entrega un billete de parte de Dumont; le abre precipitadamente : y lee las siguientes palabras :

Sigue con nuestra hija al portador, y me hallarás.

Atónita Eugenia, cumplió la orden de su esposo; hizo mil preguntas al conductor, pero este la contesta que tiene orden de no decir nada. ¿Qué significará este misterio? ¿se la preparará alguna

nueva desgracia. Confió la llave de su pobre albergue á una buena vecina, tomó á su hija de la mano, y siguió al labrador, que se obstinó en guardar el mas profundo silencio. Á la entrada de un camino halló una silla de posta que los esperaba : Eugenia subió á ella temblando, y despues de haber caminado mas de cinco horas, paró la silla á la puerta de un soberbio castillo, cuyo conserje, acompañado de otros dependientes, se inclinó con el mas profundo respeto al llegar Eugenia, y le dijo : Aquí es donde está vuestro esposo; le dió la mano para subir por una magnífica escalera, y la condujo por muchas habitaciones hasta llegar á un soberbio salon : tan agitada se hallaba, que no pudo seguir andando, y á no sostenerla se habría desmayado.

Por último, se le presentó un caballero ricamente vestido : Eugenia le miró, reconoció á Dumont, y arrojándose en sus brazos, exclamó : ¡ Esposo mio ! — Ven, le dijo Dumont, reclinándola en un camapé : ven, mujer tan virtuosa cuanto arrepentida; ven á gozar la dicha que te preparan el amor y la fortuna : estás en tu casa ; cuanto ves y mucho mas es tuyo, y de todo puedes disponer á tu arbitrio, como tambien de un esposo tierno y respetuoso, que te suplica le perdones el error en que te ha mantenido. La prueba que quise hacer contigo te ha vuelto toda mi ternura : ambos quedamos muy bien recompensados.

Eugenia que no sabía si estaba despierta ó soñando, exclamó : ¡ Cómo ! este castillo, estos muebles, el parque que he visto, y tantos criados, ¿ son tuyos ? — No, sino tuyos, Eugenia mia : traje de América muchas riquezas; y hablando ingenuamente, desconfiaba de ti; temía tu ligereza, é hice esta reflexion : ella ha disipado su patrimonio en locuras y extravagancias : tambien disipará mi caudal, por grande que sea : entónces me ocurrió la idea de presentarme á tus ojos en traje de mendigo. Durante nuestra morada en la aldea, un amigo de confianza manejaba mis asuntos, compraba en mi nombre várias propiedades : no necesitaba mas que ir á firmar de cuando en cuando, y este era el motivo de mis frecuentes ausencias : por fin, la mudanza de tu corazón y de tus costumbres me ha parecido tan sólida, que no he querido engañarte por mas tiempo. Sí, esposa mia, somos ricos ; juntamente con este castillo y sus tierras adyacentes, tienes dos casas muy buenas en Paris, y otras propiedades que te haré conocer. Toma posesion de tus dominios, y de tu estado rústico no conserves sino las virtudes que has practicado en todo este año.

Apénas acabó de hablar Dumont, cuando se presentaron dos camareras con los vestidos que estaban preparados para Eugenia y su hija, á quienes Dumont y todos sus dependientes prodigaban las mas tiernas caricias. Se sirvió despues una excelente comida, y la tarde se pasó en explicaciones y examinar todas las piezas del castillo. ¿Quién podrá referir la alegría de madama Dumont? Amigo mio, decia fuera de sí á su esposo, ¡ qué mutacion ! ¡ qué feliz soy ! ¡ qué esposo tan noble es el mio ! Nunca olvidaré unos procedimientos tan finos, y procuraré merecerlos elevando mi alma hasta la cumbre de la virtud. Cumplió muy bien su palabra, pues continuó siendo un modelo de ternura conyugal y de virtudes domésticas. Como sabía lo que era el campo, amaba á las gentes que lo cultivaban; quiso vivir en su castillo, y por consiguiente no léjos de su querida aldea, haciendo felices á todas las buenas gentes de aquellos contornos. Su hija ha crecido sin apartarse de su vista, y reune todas las perfecciones; con ella voy á casarme : sí, amigos míos ; como hijo de un amigo de Mr. Dumont, he tenido la dicha de agradar á su hija, y obtener de sus padres el consentimiento para nuestra union. Mañana pienso llegar á casa de Mr. y madama Dumont, donde la amistad, el amor y el himeneo deben fijar para siempre mi felicidad. Mucho celebraré que os haya interesado la historia de Eugenia, la cual cuenta sus sucesos con la mayor franqueza, haciendo una sencilla confesion de sus defectos; su hija tiene en ella una viva leccion de moral, para arreglar su conducta con el esposo que se le prepara : ved si seré feliz con una jóven tan bella y virtuosa, y que ha tenido tan buenos ejemplos á su vista.

Gran placer causó á nuestros muchachos la relacion del viajero, y Adela se propuso refrenar su amor propio con la mayor escrupulosidad. Al dia siguiente se despidió el forastero de Palemon, y nuestra familia se entregó á sus acostumbrados ejercicios.

TARDE XXVIII

EL DESPRENDIMIENTO.

El hombre que de cristiano
Se precia, y la caridad
Ejerce sin vanidad,
Nunca abandona á su hermano.
Con esmero sobrehumano
Le remedia en la indigencia ;
Y si quizá en su conciencia
De proteccion y favores
Le es deudor, otros mayores
Le prestará su prudencia.

Los rigores del invierno interrumpieron las alegres reuniones del empujado, sustituyéndolas por las sérias veladas que pasaban dedicados cada uno á aquellos ejercicios y labores que mas convenientes les parecieron. Á la vuelta de la primavera anunció Palemon á sus hijos que apénas el tiempo lo permitiese, volverian á los mismos recreos instructivos del año anterior.

Por fin, una mañana anunció á su familia que aquella tarde habria reunion en el terrazo, y no dejaria de llevar el libro grande, donde ya se leyó la historia del buen Gerardo y su amigo Dulis : en él buscaremos, les dijo, alguna historia moral, pero divertida, que nos entretenga al paso que nos instruya.

Los muchachos hicieron mil extremos de alegría; corren á sus respectivos estudios, pero suspiran por la llegada de la tarde, que